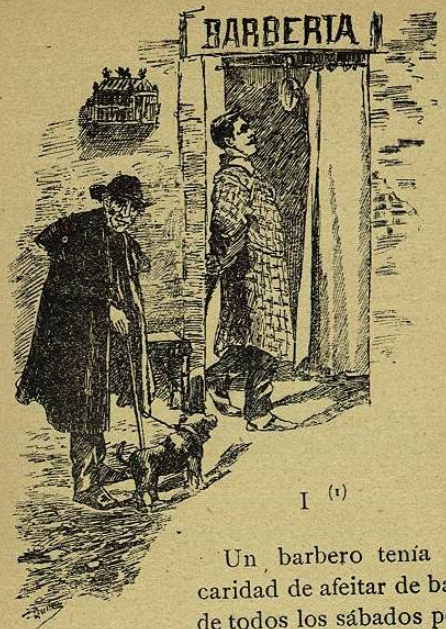
ción, para que resultara un poco mayor, y al mismo tiempo más amena, hemos añadido á los cuentos de afeitar un apéndice de cuentos varios, también publicados en *El Imparcial* y en *El Siglo Futuro*, y también aplicados á la política.

Tal es el libro que ofrecemos al público ilustrado.

Con que llegue á proporcionar algún rato de honesta distracción á los que le compraren y algún enemigo más á este y á todos los malos Gobiernos, queda satisfecha la ambición de los que le han escrito.

A. de Valbuena.

1880.



I [1]

Un barbero tenía la caridad de afeitar de balde todos los sábados por la tarde á un pobre que pedía limosna cerca de la puerta de su tienda.

(1) De los cuarenta y cuatro cuentos de barberos, los señalados con números impares son de *El Imparcial*, y los señalados con números pares de *El Siglo Futuro*.

Cuando la entrada del día había sido buena, acompañaba la piadosa acción con un par de cuartos de limosna, pero cuando, por el contrario, había sido escasa, no había limosna ni le dejaba en la cara cañón sin saltar.

En uno de estos días, mientras se verificaba la operación, acertó á pararse delante de la puerta un perro aullando lastimosamente:

—¿Qué tendrá ese pobre animal que tanto se queja—dijo el barbero.

Y el pobre, mirando á su verdugo, le respondió con voz compungida:

—Puede que le estén afeitando de balde.

Lo mismo que al pobre del cuento le pasa al país con los liberales conservadores.

Parece que le afeitan de balde.

Y bien sabe Dios que no es así.

II

Se estaba afeitando un señor de edad, y tanto le hacía sufrir el barbero, que se le saltaron las lágrimas.

—Puede ser que le lastime á usted, don Paciano—le dijo el ejecutor, al ver rodar el primer par de lágrimas por la jabonada mejilla.

—Hombre, no—le dijo el caballero con un humor de todos los demonios—lloro de gusto.

Así le pasa al país. Los conservadores le afeitan muy mal, y llora. Pero *La Política* se empeña en hacerle creer que está admirablemente bien, y tiene que contestar como D. Paciano.

—Lloro de gusto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

Un barbero afeitaba á un señor, tan hundido de carrillos, que para poder sentar la navaja tenía que meterle el dedo gordo en la boca y ahuecárselos.

Un día, estando descañonándole el carrillo izquierdo, que es el más difícil de afeitar, el barbero sacó el dedo precipitadamente de la boca del parroquiano, partido de un terrible navajazo, y por todo consuelo le dijo á su víctima que se había quedado sin medio carrillo:

—Perdone usted, no creí que tenía usted el cútis tan fino.

Lo mismo dicen los conservadores liberales cuando se alarman las gentes, porque una partida de bandidos hace descarrilar un tren para robarle, ó una partida de «Caballeros particulares» echa á la plaza nuevos títulos de la Deuda falsificados.

—Pues ¡no tienen ustedes el cutis poco fino!

IV

Este era otro barbero que no afeitaba mejor que el del cuento precedente, pero era más listo y no quería exponerse á cortarse el dedo.

En lugar del dedo, metia una nuez en la boca del parroquiano.

Cayóle por casualidad afeitar una vez á un hombre delicado y escrupuloso, que no podía sufrir la nuez en la boca, y aprovechó una pausa en que el barbero levantó la navaja, para decirle:

—Mire usted, estoy muy á disgusto: esta nuez me hace daño en la boca con las asperezas de la cáscara.

—Pues no sé cómo dice usted eso—le contestó el barbero—porque á todo el mundo afeito con ella, y nadie se ha quejado.

Oyendo lo cual el medio afeitado, echó la nuez á fuera y comenzó á escupir y á hacer ascos.

—No; mire usted—añadió el barbero—algunas veces la lavo.

El país se queja mucho y dice que no puede sufrir la nuez con que le afeitan los conservadores, pero bien mirado, no sabemos cómo no se va acostumbrando ya, porque con esa misma nuez, más ó menos lavada, le afeitaban también los progresistas, y los demócratas, y los moderados.

V

Cuando no había ferrocarriles, ni siquiera diligencias, sino galeras para los pobres y coches de colleras para los ricos, se tardaba de Madrid á Barcelona de quince á veinte días, y por consiguiente, había que satisfacer durante las horas de parada, entre las demás necesidades de la vida, la necesidad de afeitarse.

Llegó una de aquellas verdaderas peregrinaciones á uno de los pueblos del tránsito de Madrid á Barcelona al caer

de una tarde de verano, y uno de los viajeros que formaban parte de ella, después de preguntar al dueño de la posada si había barbero en el pueblo y no se corría grave riesgo en ponerse en sus manos, le hizo llamar y se puso en ellas *decididamente*, como dice *El Diario Español* que consumirán los tres turnos en contra de los presupuestos de Cuba los senadores marqués de la Habana, Jorrín y Ruiz Gómez.

Terminaron su operación nuestro viajante y nuestro barbero, y un segundo viajante, acercándose al primero, con cierta desconfianza, le preguntó:

—¿Cree usted que debo afeitarme?

—Sí, señor—le contestó el interpelado haciendo como que se enjugaba la cara con el paño, en realidad enjugándose las lágrimas.—Si yo fuera hombre de fortuna, me llevaría este muchacho á Madrid. ¡Qué mano y qué navaja!

Con esta recomendación no tuvo el segundo viajero inconveniente en dejarse afeitar, pero no debió pensar lo mis-

mo sobre el mérito del barbero, cuando después de afeitado se encaró con su antecesor, y le dijo:

—Ni eso es mano, ni eso es navaja, ni eso es barbero. ¡Me ha engañado usted como á un chino!

—¿Pues ¿qué quería usted—le contestó el otro—que fuera yo el único... afeitado?

Esto mismo debía decir el Gobierno á los constitucionales, señalándoles el banco azul, si es cierto que les va tan mal en el poder.

—Siéntense ustedes aquí y verán qué bien los afeitan.

VI

Un pobre muchacho de esos que ahora se llaman pollos, que tenía muchos deseos de tener bigote, sin que se conociera todavía por donde había de comenzar á salirle, entró en una barbería y manifestó al barbero su pretensión de ser afeitado.

Mandóle el barbero sentarse, le mojó y le jabonó muy por lo fino, y sentándose él en otra silla, cogió la guitarra y se puso á templarla con mucha calma, comenzando después á tocar una marcha pesada y monotona.

--Pero, ¿qué hace usted? —le dijo ya impaciente el muchacho.

—Señorito—le replicó el barbero— he regado las barbas, y estoy esperando á que crezcan.

Así hacen los conservadores.

Tienen el país tan afeitado, que no se sabe por donde ha de volver á echar pelo, y le riegan (con discursos) y esperan muy tranquilos á que vuelva á tener algo que afeitar.

Por eso no quieren dejar el puesto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Llegaron á Madrid dos paletos, y cruzándose en la calle del Arenal, el que iba hacia la Puerta del Sol, que había visto en el cartel del Teatro Real anunciado *El Barbero de Sevilla*, detuvo al que iba hacia la Plaza de Oriente, y le preguntó:

—Buen amigo, ¿conoce usted al barbero de Sevilla?

—No señor—le contestó el otro—yo me afeito solo.

Y siguió su camino.

Esto mismo dicen los conservadores.

Nosotros lo somos todo; nosotros lo podemos todo; nosotros no necesitamos á nadie; nosotros... nos afeitamos solos.

VIII

Frente á una barbería vivía un señor (que habría pertenecido á la Sociedad protectora de animales, si entonces la hubiera), en compañía de un gato y un mono.

Este, que todos los días estaba viendo afeitar, bajó un día á la tienda del bar-

bero y robó una navaja, tornándose con ella muy contento á su vivienda.

Cogió luego la toalla del señorito, echó mano al gato, le ató la toalla, á manera de babero, y le mojó la cara con el agua que el dueño había dejado en la palangana.

Empuñó luego la navaja y comenzó á imitar lo que veía hacer al barbero con los parroquianos; mas como el gato, naturalmente, no se estaba quieto, ni el mono las había visto más gordas, tajo aquí, cercén allá, ahora cae una oreja, después la mitad de un labio, concluyó por degollar á su pobre víctima.

Lo mismo que ha hecho aquí el señor Cánovas.

Se encontró, cuando llegó al Gobierno, con los procedimientos revolucionarios, quiso, como él mismo ha dicho, seguir usándolos, es decir, imitar lo que había visto á los otros y, naturalmente, ha degollado al país.

IX

Llegó á Madrid un andaluz, *de Seviya*, como dice la gente de aquella tierra, y viendo anunciado un dia y otro *El Barbero de Sevilla*, entró en ganas de conocerle y acabó por preguntar dónde le podría ver, á lo que le contestaron que en el teatro de la Opera.

Y dicho y hecho, se dirigió al teatro Real. En el despacho le dijeron que podría ver á su paisano tomando billete; pidió uno, se le dieron de paraíso, por lo que tenía de Adam, y puesto en camino por un dependiente de la empresa, empezó á subir, á subir y á subir, murmurando siempre que le decían *más arriba*:

—¡Pues no ha puesto muy alta la barbería mi paisano; á poco más, en la Giralda!

Llegó por fin al último descansillo de la escalera, porque á todas partes se llega con el tiempo, menos al poder, cuan-

do no quiere el Sr. Cánovas, y asomándose á la puerta del paraíso, que estaba lleno, se volvió hacia el acomodador y le dijo:

—Camarada, ¿y toda esta gente tiene que afeitarse antes que yo?

Ese es el destino que les está reservado á los constitucionales: esperar á que hayan sido ministros todos los conservadores.

X

Encima de la barbería del cuento antepasado vivía un señor que se afeitaba solo, como los conservadores, y el mono de enfrente que le veía, con su maldita afición de imitar y remedar á todo el mundo, cogía la navaja y hacía como que se afeitaba, repitiendo todos los movimientos del caballero.

¿Qué hizo el caballero? Con ese mal instinto que suelen tener los moderados, dijo para sí: «Te vas á fastidiar», y volviendo la navaja del revès sin que el mono se fijara en este detalle, se dió, es decir, hizo como que se daba una gran cuchillada en el cuello.

Y en efecto, el pobre mono, sin volver del revés la navaja, repitió el movimiento de su vecino y se cortó las gorjas sin darse cuenta.

Una cosa así debía hacer el país.

Figurar que se degollaba para ver si se degollaba de veras el Gobierno conservador que anda remedando ser la representación del país.

XI

Robaron dos gallinas al barbero de un pueblo, y convencido de que nada conseguiría preguntando por ellas, echóse á pensar el medio de dar con el ladrón; y con el ingenio que distingue á tan benemérita clase, acabó por encontrar dicho medio, aplazando su ejecución para el

primer domingo, que es el día en que se afeitan las gentes del campo.

Llegó el domingo, y con la luz del alba el primer parroquiano; le sentó, le bañó, cogió la navaja, le dió los primeros pases, y al llegar precisamente á la nuez, dijo con acento amenazador:

—Por aquí han pasado mis gallinas.

Pero como por allí no había pasado nada, el parroquiano no pestañeó siquiera y el barbero concluyó de afeitarle convencido de que no era el ladrón.

Llegó el segundo parroquiano, y después el tercero y el cuarto, y se repitió la misma escena; y ya empezaba el barbero á sospechar si se habría tragado la tierra sus gallinas, cuando llegó el sacristán del pueblo, que era el culpable; y al sentir el filo de la navaja sobre la garganta, y al oir las palabras —¡por aquí habrán pasado mis gallinas!— como quien oye una sentencia de muerte, se echó á temblar y exclamó con voz compungida:

—Perdóneme usted, maestro; perdóneme usted, que yo las pagaré.

Este cuento es perfectamente aplicable á los conservadores-liberales que han tenido que ir á buscar á corral ajeno las soluciones que les imponían las circunstancias.

—Por aquí han pasado nuestras gallinas.

Pero como los conservadores-liberales pueden cerrar las barberías, hay que esperar á que el tiempo se las haga pagar.

Las gallinas.

XII

Allá, antiguamente, en los tiempos arrimados á la torre de Babel, donde es cosa probada que estuvo en uso y vigor el sufragio universal, hicieron alcalde de un pueblo á un carbonero, que no se había peinado, ni lavado, ni afeitado en su vida.

Fueron los de su partido muy contentos á participarle la elección y llevársele en triunfo á la casa de Concejo para ponerle la vara de la justicia en la mano;

y como lo encontraran tan desaliñado, le dijeron que era menester que se lavara, peinara, afeitara y cortara las uñas en debida forma, conforme á los segundos consejos que dió el caballero de los Leones al gobernador de la Insula Barataria.

Resistíalo el hombre, pero *velis-nolis* le llevaron sus amigos á la única barbería que había en el lugar, que no por ser única era buena ni mucho menos. A más de que el barbero no acostumbraba vaciar la navaja más que el domingo por la mañana, y era sábado.

Con esto, y con lo enredada y llena de incrustaciones que el pobre carbonero tenía la barba, no queremos decir á ustedes el rato que pasaría en manos del rapador.

Concluida la operación, con la cara hinchada y llena de cortaduras, le llevaron á la Casa de Concejo, le dieron posesión, y le dijeron que había de celebrar audiencia enseguida... Entonces el alcalde era también juez, porque no se había

inventado todavía la división de poderes.

Presentáronle un criminal de los más atroces; leyó el fiel de fechos la acusación, que era terrible, y le dijeron al flamante alcalde que sentenciara, ponderándole la necesidad de que hiciera un ejemplar castigo.

Y el bueno del alcalde, rojo de cólera los ojos encarnizados y pegando un terrible puñetazo sobre la mesa, sentenció diciendo:

—¡Que le afeiten!...

Si la pobre España fuera llamada á decidir como árbitra en alguna contienda en que fuera parte y mereciera ser condenado el pueblo más enemigo suyo, de seguro diría:

—¡Que le gobiernen los conservadores liberales!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV... T R...
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX...

XIII

Estábase afeitando un día el Emperador Carlos V., y al llegar el barbero de S. M. I., como el barbero del pueblo á

quien le robaron las gallinas, á la nuez de su augusto soberano, le dijo parando la mano, pero sin levantar la navaja:

—¿Quién manda ahora, señor?

Y el Emperador Carlos V., mirando fijamente, entre sombrío y risueño, á su interlocutor, le contestó:

—¡Hombre, tú!...

—Pues en ese caso espero que vuestra majestad me concederá la prebenda que tengo pedida para mi sobrino.

—Concedida.

Y al día siguiente el sobrino del barbero del Emperador era prebendado simple.

Pasó algún tiempo en que el barbero de nuestro cuento cayó enfermo y tuvo que delegar sus facultades en su dependiente mayor; éste, que se sabía de memoria la historia de la prebenda, quiso volver á ponerla en práctica, y deteniendo la mano y parando el filo de la navaja en la regia garganta, dijo á S. M. I.:

—¿Quién es ahora el amo, señor?

—¡Hombre, tú!—le contestó el Emperador agitándose en la silla, como si fuera á levantarse.

—En ese caso, señor, espero que vuestra majestad se servirá conceder la banda de capitán á un hermano que tengo en los tercios de Flandes.

Y en efecto, al día siguiente el dependiente mayor del barbero del Emperador Carlos V. era ahorcado de orden de S. M. I.

Lo que está pasando con los conservadores liberales, puede tomarse á broma, como la ocurrencia del barbero.

Pero si volviera á repetirse lo que está pasando ahora... habría que tomar una determinación.

XIV

A un inglés que vino á España, le afeitaron muy mal de primera intención en un pueblo de la frontera.

—¡Juro á Lutero—dijo al verse lleno

de cortaduras—que no me volverá á sucedeg otra!

Y á la primera vez que volvió á tener necesidad de afeitarse, se presentó en una barbería, revólver en mano, y dijo al barbero, aproximadamente:

—Mí, pacaré ciento reales por afeitarme tú. Pego á la condición que, á la primega cortaduga, te descerraco un tiro y te levanto la tapo de los sesas.

Dichose está que el barbero no quiso aceptar la proposición ni afeitarle.

Así corrió las principales poblaciones de España, Madrid inclusive, y recorrió en ellas las principales barberías inútilmente, que más iba por grados haciendo subir la oferta á doscientos, trescientos, hasta novecientos reales, ó sean, poco más ó menos, nueve libras esterlinas.

Pero cuando tenía ya más barbas que el Sr. Carvajal, llegó á Málaga é hizo la consabida proposición á un barbero, ofreciéndole mil reales redondos; y el barbero aceptó el trato sin titubear y como la cosa más sencilla del mundo.

Sentó al inglés, le vistió de blanco, le bañó, empuñó la navaja, y en menos que se dice, le afeitó medio lado.

—Parate, señog, parate—dijo el inglés desmontando el revólver; — parate un poca. Vamos á ver: ¿cómo te has atrevido usté á aseptar la condisión que ningún barbero aseptó en toda España? ¿Tanta seguridad tenías de no cortar á mi?

—¡Ah, ninguna!—replicó muy tranquilo el barbero;—pero como yo había de ver la sangre primero que usted, á la primera cortadura que le hiciera apretaba la navaja y se iba todo el cuello, y usted á disparar al otro mundo.

—Basta, basta, siñog—dijo el inglés; y desciñéndose á toda prisa los trapos, pagó la cuenta y se fué de la barbería sin dejarse afeitar el otro carrillo.

Sólo que al pobre país no le vale marcharse de la barbería malagueña á medio afeitar.

Porque si sale de Málaga es para entrar en Malagón; y por aquí los conservadores liberales de *El Tiempo* y *El Cro-*

nista, por allá los conservadores de *El Siglo,* entre todos, que quiera que no, le han de afeitar en redondo.

XV

Entró un mozo de buen humor en una barbería, y una vez afeitado y mientras se arreglaba al espejo el lazo de la corbata, preguntó al dueño del establecimiento:

—¿Qué hacen ustedes de las barbas que quedan en las navajas y del pelo que cortan?

—¿Qué quiere usted que hagamos?—le contestó el maestro;—tirarlo.

—Pues hace usted mal, porque podría vendérselo con ventaja á un comisionista de Londres que suele venir á Madrid de cuando en cuando para comprar lo que tiran la generalidad de los españoles. En Inglaterra se comercia con todo y se crea una industria... sobre la punta de un pelo.

Y dicho esto, se despidió, dejando al dueño de la barbería con tanta boca abierta.

No dicen los cronistas cuántos años pasaron, pero dicen que por fin el mozo de buen humor y el barbero bobalicón se volvieron á encontrar en otro establecimiento de la misma clase, pero más espacioso, que puso el segundo con sus economías, y en que entró el primero por casualidad á afeitarse.

—¡Dichosos los ojos que le ven á us-

ted!—exclamó el barbero dando un estrecho abrazo á su no olvidado parroquiano.

Y bajando la voz, añadió:

—Tengo el mejor depósito de recortaduras de barba y de pelo que hay en Europa. ¿Sabe usted si está en Madrid el comisionista de Londres? Crea usted que yo soy hombre agradecido, y si se hace el negocio...

El chusco comprendió que corría peligro su pescuezo, de confesar que todo había sido una broma, y contestó al barbero:

—¿Ha distribuído usted las recortaduras por colores?

—No, señor.

—¿Las ha clasificado usted por edades?

—No, señor.

—Pues son dos requisitos indispensables. Hágalo usted y yo me pasaré por aquí dentro de unos días para que hablemos.

Comentario del suscritor que ha tenido la bondad de remitirnos este cuento:

—¿No les parece á ustedes, señores redactores, que este cuentecillo es aplicable á los que prometen felicidades sin cuento al país, y cuando llegan al poder, es decir, cuando están en el caso de cumplirlas, resulta que no hay nada de lo dicho, porque el país no está suficientemente preparado para ser todo lo dichoso que ellos quisieran?

—Sí, señor.

XVI

Un ricacho de un lugar de la Mancha, cargado de que todos los domingos le cortara el barbero del pueblo, se dijo un día:

—En Madrid deben de afeitar muy bien.

Y se vino á Madrid con propósito decidido de afeitarse.

A luego de haber entrado por la puerta de Toledo, vió en una tienda colga-

das las insignias de afeitar y un gran rótulo que decía:

Se afeita y corta...

No tuvo paciencia para leer más, y siguió adelante diciendo: «Vamos á otra: para que me cortaran, bien estaba en mi pueblo.»

Más adelante vió otra vez las insignias y otra vez el rótulo:

Se afeita y corta...

No tuvo tampoco paciencia para leer más.

Corrió un sin número de calles, y en todas las barberías encontró el mismo rótulo, con lo cual se tornó á su pueblo muy enfadado, por no haber leido el rótulo entero:—*Se afeita y corta el pelo á real*, ó á dos reales, según la categoría del barbero.

—Pero, hombre, ¿cómo no te afeitaste? —le dijo su mujer al verle entrar con las mismas barbas que había sacado de su casa, y aun algo más crecidas.

—¡Toma! Pues porque en ninguna barbería de Madrid afeitan sin cortar, según

lo cantan los rétulos que ponen arriba. Y para ese viaje, bueno es el sangrador de acá; porque como dice el adagio, más vale lo malo conocido...

En todas las barberías liberales cortan al país.

Mas, sin embargo, no opinamos como el vecino de la Mancha.

Que nos saquen de cualquier modo de la barbería conservadora.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV... T R...
"ALFONSO ...ES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX...

XVII

Una mujer le dijo á su marido:

—Toma esos seis cuartos para que te afeites, y vente enseguida á casa, porque tenemos que ir á misa... ¡Ah! ¡Cuidado que te dejes el bigote!...

Y el bueno de nuestro marido tomó con una mano los seis cuartos y con otra el sombrero, y se echó á la calle.

Pero dió la casualidad que, al volver a esquina, se dió de manos á boca con

33938

uno de sus antiguos camaradas de aventuras, que le dijo:

—¿Dónde vas desempedrando las calles?

—A afeitarme.

—Vamos á echar antes unas copas.

—Me está esperando mi mujer, y ya sabes el genio que tiene.

—Con hombres como tú todas las mujeres tienen mal genio.

Y quieras que no quieras le hizo entrar en la primera taberna que encontraron. Pidieron dos copas, y luego otras dos, y después unas tajadas de bacalao, y más tarde unas almendritas tostadas, y dieron las doce del día, y las cuatro de la tarde, y las once de la noche; y si el tabernero no les hubiera puesto á puñados en mitad de la calle, todavía estarían bebiendo copas, comiendo bacalao y descascarando almendras.

El amigo de nuestro héroe consiguió llegar á su casa agarrándose á las paredes; pero nuestro héroe, menos afortunado, dió un tropezón, perdió el equilibrio,

cayó tan largo como era, y allí le hubiera sucedido lo mismo que en la taberna, es decir, allí le hubiera encontrado el sol, si un perro vagabundo que andaba á caza de desperdicios no se le hubiera acercado y empezado á lamerle cariñosamente la cara, con lo cual se despertó, y creyendo que le estaban jabonando para hacerle la barba, tartamudeó estas palabras:

—Maestro, déjeme usted el bigote.

Lo mismo les pasa á los conservadores de todas las procedencias.

Preocupados con la idea del poder, todos los conflictos los resuelven pidiendo que les dejen el poder, como el borracho de nuestro cuento pedía que le dejasen el bigote.

XVIII

Estaba un barbero á la puerta de la tienda escamando un besugo con la navaja de afeitar, cuando acertó á llegar un

parroquiano, que manifestó su deseo de hacerse la barba.

Indicóle el barbero que entrara y se sentara, y mandó á un aprendiz que le fuera bañando.

Concluída la operación de quitar al besugo las escamas, entró el barbero en su obrador navaja en mano, halló al cliente bañado y todo, y se puso en ademán de comenzar á afeitarle.

—Usted me dispense el mal pensa-

miento—dijo el parroquiano—pero juraría que era esa la misma navaja con que estaba usted escamando el besugo.

—Y no juraba usted en falso—le replicó el barbero.

—Pero, hombre, ¿es la misma?

—La mismita; como que no tengo otra.

—Y con esa navaja, y sin suavizarla siquiera, ¿cómo va usted á afeitarme?... No es posible.

—¡Que cómo? Ahora lo verá usted... ¿Que no es posible? ¿Pues y para qué me ha dado Dios estos puños?

Lo mismo dicen los liberales-conservadores.

Que sus principios no sirven, que sus procedimientos están averiados, que ya los conocemos.

—Cierto; pero... ¿Para qué nos ha dado Dios esta guardia civil y estas compañías de infantería, sino para ganar las elecciones y cobrar los impuestos?